



ACTO CUARTO

En casa de doña Florinda. Decoración del segundo acto. Una mesa en que arden dos bujías

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA, sentada, apoyada la cabeza en la mano;
DOROTEA, mirándola al entrar

DOR. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen hombres, tendrían lástima de ella, pero son tigres.

FLOR. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. (*A Dorotea.*) ¿Y mis letras?

DOR. Partieron: el mensajero galopa á rienda suelta camino de Yuste.

FLOR. ¿Llegará?

DOR. ¿Por qué no?

FLOR. ¿Sabemos por ventura el nombre que tomó en ese retiro?

DOR. Pero el sobre lleva el suyo. ¿Quién no conoce á Carlos V?

FLOR. Cedió á tus ruegos, Dorotea; creíste que, movido de su antigua afición al padre, había de interesarse en la suerte de la hija ¡huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

DOR. A no tenerlas, ¿cuál fuera mi consuelo? ¿Quién pudiera desarmar á ese tribunal terrible, que os citó?

FLOR. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que quiere conducirme él propio á los pies de mis jueces, y asistirme con su favor.

DOR. Sí; ese personaje misterioso que se presentó aquí de parte de Su Majestad y del conde de Santa Fiore, y que sólo á vos quiso descubrirse...

FLOR. Cuando bajaste, aun no había venido.

DOR. Yo dí orden de que le introdujesen en llegando; mas ningún rumor se oye en la calle. ¿Quién se creería en Toledo? ¿Qué pesada calma! Ni un soplo de viento que refresque el ambiente.

FLOR. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosías.

DOR. ¿Las de la calle?

FLOR. No; las del jardín. ¿No te acontece á veces, Dorotea, que un rumor vago, un soplo de viento despierte en tí recuerdos, impresiones pasadas de placer ó de pena?

DOR. Va que acierto en quién pensáis...

FLOR. ¡Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso sino en él; mas ya jamás le veré.

DOR. ¿Por qué? ¿No prometió ese cortesano en quien fiáis devolveros á mis brazos?

FLOR. ¡Silencio! ¡Él es! ¡Valor, corazón!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Oh! no. Estoy tranquila.

DOR. Mis recelos se despiertan.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA, DOROTEA, DON PEDRO GÓMEZ

GÓMEZ. Llego, señora, á punto.

FLOR. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os hicisteis esperar.

GÓMEZ. Nada temáis. El protector poderoso que os nombré no os ha de abandonar.

DOR. ¿No he de poder acompañarla?

GÓMEZ. No ignoráis la severidad del tribunal.

DOR. ¡Oh! ¿Pero me la devolveréis, no es verdad, como lo prometisteis?

GÓMEZ. Y presto. Os lo torno á prometer.

FLOR. El manto, Dorotea.

DOR. (*Poniéndole el manto.*) ¡Quién pudiera seguirlos!

GÓMEZ. (La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...)

FLOR. (*Despidiéndose.*) ¡Dorotea!!!

DOR. (*Acompañándole, le besa las manos.*) ¡Hija mía!!!

ESCENA III

DOROTEA, después DON JUAN

DOR. ¡Oh! ahora al menos puedo maldecirlos á

ellos y á su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. ¿Qué hicimos para que nos tratasen de esa suerte? ¿Es esa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religión? Horas tengo en que quisiera tenerlos á todos en mi mano. No sería más que una justa venganza. ¿Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. ¿No son todos igualmente sanguinarios? ¡Ah! cristianos...

JUAN. (*Saltando por la ventana del jardín.*) Menos uno, supongo.

DOR. (*Dando un grito.*) ¿Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. ¿Vos aquí, y de esa suerte?

JUAN. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardín: felizmente no es elevada.

DOR. ¡Dios de Israel!

JUAN. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose á la ventana para ayudar á don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era fácil aún para vuestros años.

ESCENA IV

Dichos, DON RODRIGO

DOR. ¿Cómo anunciarle esta nueva?

ROD. (*Acabando de saltar la ventana.*) ¿Dónde me traéis, don Juan?

JUAN. A puerto de salvación. ¿Y bien, Dorotea? ¿Con que volveré á verla? ¿Qué hace doña Florinda? ¿Dónde está?

ROD. ¡En la posada de doña Florinda!

JUAN. ¿No vais, Dorotea? ¿No le anunciáis...?

DOR. (*Saliendo de su indecisión.*) Sí, la diré... Esperad aquí un momento. (Ganemos tiempo al menos.)

ESCENA V

DON JUAN, DON RODRIGO

ROD. ¿Para conducirme á esta casa os negasteis, don Juan, á seguirme al palacio del duque de Medina? ¿Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? ¿En casa de doña Florinda!

JUAN. ¿Pudiera yo llevaros á otra parte?

ROD. ¡A una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, á una casa, en fin, donde podéis encontrarle á él mismo!

JUAN. ¡Pluguiese al cielo!

ROD. Dios os libre, don Juan. No lo deseáis.

¿Sabéis mozo imprudente, lo que arriesgáis, sabéis el porvenir que aventuráis, sabéis quién sois siquiera...?

JUAN. ¿Quién soy, en fin, don Rodrigo, quién?

ROD. Un loco, don Juan.

JUAN. Don Rodrigo, sosegaos. (¿Qué hace doña Florinda?)—No tuvierais más miedo si el santo oficio se hubiese entrometido en nuestros negocios.

ROD. Es la sola desdicha que nos falta; y no la mentéis, si no queréis...

JUAN. ¡Oh! Esto es demasiado. ¡Dorotea! (*Llegando á la puerta.*) ¡Ardo en impaciencia! ¡Dorotea! ¿Vuelves sola?

ESCENA VI

Dichos, DOROTEA

DOR. ¡Ah! señor don Juan...

JUAN. ¿Qué veo? ¿Volvéis el rostro? ¿Lloráis, Dorotea? ¿Qué pasó en mi ausencia? ¿Qué me encubris? doña Florinda...

DOR. Salió...

JUAN. Adelante.

DOR. Citada por el tribunal...

JUAN. ¿Cuál?

DOR. ¡El santo oficio!

JUAN. ¡El santo oficio! ¡Y judía!

ROD. ¿Qué decís?

JUAN. (*Desesperado.*) ¡Perdida sin remedio!

ROD. No es eso lo que os pregunto. ¿Hablasteis de una judía? ¡Doña Florinda es judía!

JUAN. ¿Yo dije eso? Y bien, don Rodrigo, pues lo dije... es cierto.

ROD. Lo hubiera jurado. Don Juan, no hay seguridad aquí ya para nosotros.

JUAN. ¡Don Rodrigo!

ROD. ¿Sabéis que la Inquisición no castiga sólo á los judaizantes, sino también á sus encubridores? ¿Me entendéis don Juan?

JUAN. Sí, os entiendo: á sus encubridores. ¿Y qué me importa? ¿Qué hemos de hacer ya?

ROD. ¿Qué hemos de hacer, decís? Huir, don Juan.

JUAN. ¿Salir de aquí?

ROD. Y de Castilla. ¡En vísperas de un auto de fe! Vamos don Juan.

JUAN. (*Asiéndole de un brazo.*) Vamos en buen hora, sí, pero á la Inquisición.

ROD. (*Desasiéndose.*) ¡A la Inquisición!

DOR. Don Juan, teneos. Discreción, cautela. Uno de los personajes más importantes del santo oficio ampara á doña Florinda;

él la acompaña, y él ha de volver á conducirla á casa.

JUAN. ¿Esta noche misma?

DOR. Y presto. Así lo prometió.

JUAN. ¿Qué no hablabais?

ROD. ¡Oh! no han de hallarnos aquí.

JUAN. Ni yo he de moverme, aunque me cueste la vida.

ROD. ¿Queréis volverme loco, ingrato don Juan? Yo hice cuanto fué humanamente posible para cumplir mi promesa; pero os burlasteis de los consejos de un anciano, y éste quiso más bien acompañaros en vuestras locuras que tener razón abandonándoos á vuestra mala cabeza. Ahora os amaga un riesgo inminente, y queréis también que os acompañe en él, pudiendo fácilmente evitarle...

JUAN. ¡Oh! una idea, pero una idea que todo lo concilia, el tierno afecto que me profesáis, la palabra que tenéis empeñada, y vuestra propia seguridad...

ROD. Hablad presto.

JUAN. En cuanto doña Florinda se vea sola, me dejo ver, y huyo con ella sin esperar segunda cita del tribunal.

DOR. ¡Oh, sí, salvadla, señor!.

JUAN. Andad, pues; procuradnos caballos y volved por nosotros. Volved, y desde este punto fiamos nuestra suerte en vuestras manos. Es el último esfuerzo que de vos exijo.

ROD. Y la última concesión que os hago. Convenido pues. Volveré, y desde el pie de la ventana os haré señas.

JUAN. Sí.

ROD. Tres palmadas.

JUAN. Tres palmadas.

ROD. Si puedo entrar en la casa sin riesgo, me contestáis. De otra suerte...

JUAN. No contestaré.

ROD. (*A Dorotea.*) Guíadme ahora, y con cautela.

DOR. Nada temáis. (*Salen.*)

ESCENA VII

DON JUAN. (*Se sienta.*)

Meditemos. ¿Qué debo hacer? ¿Esperarla? Y si no volviese... ¡Oh! si no volviese, iría á buscarla al fondo de esa cueva que llaman santo oficio. ¡Sí, insensato, al santo oficio! Perdería mil vidas, antes de abrirme paso... ¡Doña Florinda, doña Florinda! ¿os perdí por ventura para siempre?

ESCENA VIII

DON JUAN, DOROTEA

DOR. (*Acude presurosa.*) ¡Vedla, aquí, señor don Juan! La he visto: ya está de vuelta.

JUAN. Corro á su encuentro.

DOR. No hagáis tal: no viene sola. La acompaña el mismo de quien os habló. ¿Queréis perderla?

JUAN. Antes perder cien vidas. Mas primero decid, ¿quién es?...

DOR. ¿Dudáis de mi señora? ¡Ingrato don Juan!

JUAN. ¡Decís bien! mi pasión me turba. ¡Ella engañarme!

DOR. Guardaos, pues, de descubrirlos. Venid.

JUAN. Donde queráis.

DOR. (*Abriendo una puerta lateral.*) Al paraje más apartado de la casa, á mi aposento, y sólo para salir de él en tiempo oportuno.

JUAN. ¡De vuelta ya! ¡Y yo aquí para defenderla! ¡Ah! respiro, Dorotea. Te obedezco. (*Salen.*)

ESCENA IX

DOÑA FLORINDA, DON PEDRO GÓMEZ

FLOR. ¡Oh! gracias, don Pedro, gracias. Habéis cumplido vuestra palabra, mas perdonad... (*Dejándose caer en un sitial.*) No puedo tenerme en pie.

GÓMEZ. El interrogatorio os dejó al parecer una impresión harto penosa.

FLOR. Dolorosa, don Pedro, como un horrible ensueño que no pudiese desechar. Aquella sala enlutada, aquellas opacas luces que hacían más espantosa la oscuridad, aquellos jueces velados, cuyos ojos se fijan en vuestra frente con una inmovilidad que hiela el pensamiento... ¡Oh! ¿no puede la justicia de los hombres aparecernos sino revestida de esas formas terribles?

GÓMEZ. No, cuando ha de vengar á Dios. Pero espero que vuestros jueces se han de humanar en favor vuestro.

FLOR. No tenéis certeza...

GÓMEZ. Bien quisiera, señora.

FLOR. Pero, ¿qué saben de mí, qué me quieren?... ¿Está escrito que habré de presentarme de nuevo en su presencia?

GÓMEZ. Lo ignoro, mas es posible.

FLOR. Querrán someterme á esa prueba de dolor, cuyos instrumentos esparcidos en derredor mío ofuscaban ya mi débil razón.

GÓMEZ. Cuéstame el creerlo, pero...

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Pero es también posible! ¡Ah! no lo consentiréis. Tendréis compasión de mí. No ha de faltarme esfuerzo para morir. ¡Soy tan desdichada! Pero á la vista de tan espantosos dolores, siento en mí toda la flaqueza de una mujer. El dolor me espanta. ¿Qué hacer, don Pedro, para evitarle? Desde ahora me someto á cuanto exijan. Cuanto quieran que diga, otro tanto diré, para morir más pronto, sí, ¡pero una sola vez! ¡Oh, sí, cuanto quieran diré!

GÓMEZ. (Ya está en el punto en que anhelaba verla.)— Sólo una persona pudiera intervenir entre vos y vuestros jueces: os lo repito, una sola: el rey.

FLOR. ¿Y lo hará?

GÓMEZ. ¿Podéis dudarle, cuando se digna venir él mismo á seros fiador de ello?

FLOR. ¡Oh, que venga, don Pedro, que venga!

GÓMEZ. Como os dije, señora, yo contaba hallarle aquí: dentro de poco le veréis llegar: encubridle todo género de resentimiento. Tened presente que la Inquisición intimida hasta á los reyes, que un paso dado con ese tribunal es arriesgado aún para Su Majestad, y que merece algún agradecimiento.

FLOR. ¡Ah! ¿Qué puede prometerse del mío?

GÓMEZ. El rey don Felipe no puede tardar; vais, señora, á verle: vuestra suerte está en sus manos. Quedaos, señora, quedaos.

FLOR. (*Dejándose caer de nuevo en el sitial.*) Mis bendiciones al menos os acompañan.

GÓMEZ. (*Al salir.*) (Prometa ahora el rey y el amante va á ser dichoso.)

ESCENA X

FLORINDA

¡Qué no puede el terror! ¡don Juan! ¡mi vida! Yo llamo á su propio enemigo: ¡al rey! Muy desdichada ó muy débil debo de ser, pues que deseo volverlo á ver; lo anhele con todo; de ello me sonrojo, pero no me es posible vencerme. ¡Dios mío, traedle presto para tranquilizarme sobre los riesgos que me amenazan!

ESCENA XI

DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Os vuelvo á estrechar en mis brazos!

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Ah! no aumentes con la tuya mi conmoción: es fuerza sosegar me. Espero á alguien.

DOR. Y yo os anuncio una persona á quien no esperábais.

FLOR. ¿Qué quieres decir?

DOR. ¡El, él!

FLOR. ¡Don Juan!

DOR. El mismo, que acaba de llegar.

FLOR. ¡Don Juan libre, don Juan aquí!

DOR. Oculto en mi cuarto, me envía á acechar



si estáis sola; decid una palabra, y le tenéis á vuestros pies.

FLOR. Al punto, Dorotea, corre, vuela. (*Deteniéndola.*) ¿No oíste?

DOR. ¡No! nada.

FLOR. ¡Espera! El gozo me hace olvidar... dile á don Juan que parta, ¡que huya!

DOR. Con vos, esta noche misma. Solo, jamás.

FLOR. ¿Qué haré, Dios mío? Ha de encontrarlo.

DOR. ¿A quién?

FLOR. Al conde, que no puede tardar, que sube tal vez ahora, mientras que te estoy hablando... ¡Dios mío! ¡Si volviesen á encontrarse uno en frente de otro!

DOR. ¡Oh! ¡don Juan le mataría!

FLOR. ¡Le mataría! Pero ignoras... ¡Sería el crimen más espantoso...!! ¡Y yo pude solicitar su presencia! Escucha, Dorotea. Don Juan está en tu habitación; ¡es fuerza tenerle en ella! Mas sin hablarle del conde.

DOR. ¿Consentirá?

FLOR. ¡Oh! dile que se lo ruego, que lo exijo; que va en ello su vida... no... la mía, ¡y lo hará!

DOR. ¿No hay riesgo para vos en quedaros sola?

FLOR. Ninguno, Dorotea. No ha un momento, temblaba todavía; pero he vuelto á mi ser; ya no pienso sino en él, no temo sino por él; á todo me expondría por salvarle. ¡Ignoras, Dorotea, que el amor es el valor de las mujeres?

DOR. Pero don Juan no tomará consejo sino de su espada si llega á sospechar que os negáis á verle para recibir á su enemigo.

FLOR. Tu aposento está distante. No podrá oírnos.

DOR. ¡Ah, señora, si hubieseis podido hablarle!

FLOR. Dices bien: todavía puedo; ven; voy contigo; voy delante de tí; al menos le habré vuelto á ver. (*Deteniéndose de repente.*) Esta vez no me engañé.

DOR. Alguien sube. Ya llegan.

FLOR. ¡El conde! Ya es tarde. Dorotea, sálvanos á entrambos. Corre, vuela. ¡He de cerrar esta puerta! (*Echando la llave.*) Todos los obstáculos son pocos entre el conde y don Juan. (*Adelantándose hacia el medio de la escena.*) Disimulemos.

ESCENA XII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FEL. (*En el fondo.*) (El miedo que me la entrega la hace más hermosa. O esta noche ó jamás.)

FLOR. (¿Cómo abreviar esta entrevista?)

FEL. Me habéis de disculpar, señora, si vengo á turbar vuestra meditación.

FLOR. Tan melancólica era, señor, que aun he de estaros agradecida.

FEL. Esta vez, pues, mi presencia no os es molesta.

FLOR. ¿Pudiera serlo, señor, cuando venís á ampararme? Venero, bendigo vuestra justicia.

FEL. De buena gana aceptaría, la lisonja si un afecto, más dulce que la necesidad de ser justo, no me trajese á vuestra presencia.

FLOR. ¡La compasión!

FEL. Sí, una compasión acompañada de recelos mil; el afecto de un amigo que desconocisteis cuando le pudisteis creer insensible.

FLOR. Vuestras palabras me vuelven la esperanza; si así me las hubieran referido, hu-

bieran bastado á calmar mis recelos, y os hubieran ahorrado, señor, una entrevista en que abuso tal vez...

FEL. Al privarme del placer de tranquilizaros yo mismo, no me le envidiéis, bella Florinda.

FLOR. (¡Se queda!)

FEL. Me es tan dulce consagraros estos instantes que robo á mis afanes...

FLOR. Y á vuestro descanso tal vez... Sé cuán preciosos son; no temáis, señor, que abuse de ellos.

FEL. (*Adelantando un sitial para doña Florinda.*) Desechad, señora, ese temor.

FLOR. (*Sentándose.*) ¡Es forzoso!

FEL. (¿La habré por ventura tranquilizado demasiado pronto?)—Han debido deciros, señora, que la voluntad soberana puede estrellarse en una sentencia del santo oficio. Este tribunal representa á Dios mismo, ¿y delante de Dios qué son los reyes de la tierra? He resuelto, con todo, cualquiera que sea el riesgo, interponerme entre vos y vuestros jueces; ¿y en galardón de ese servicio qué debo de esperar? ¡Odio tal vez!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Odio yo cuando me salváis? Eso fuera, señor, ingratitude de que...

FEL. De que sois incapaz, hermosa Florinda. Os creo. (*Convidándola á sentarse.*) Por piedad.

FLOR. (*Sentándose en tanto que el rey va á tomar otro sitial.*) (¡Qué tormento!)

FEL. (*Apoyado en el respaldo de su sitial.*) No seréis ingrata; pero permanecéis indiferente. (*Sentándose.*) La estrella de un rey es no granjear sino respeto cuando no inspira aborrecimiento ú envidia; y con todo, sensible á todo género de afecto que se le rehusa, abrasado, sin esperanza, de encontradas pasiones, ¡cuán dolorosamente siente un rey la necesidad de ser amado!

FLOR. Lo sois, señor, de un pueblo entero que os venera, que os admira, y que en vos ve el manantial de todo bien.

FEL. Sí, lo soy por interés; soy querido con aquel amor con que se ama al poder, no al hombre, sino al soberano. ¿Qué á mí, señora, esos homenajes, esas aclamaciones cansadas? ¡Con cuánto gozo las trocaría por la dicha de estrechar en mis manos una mano amiga; por un suspiro de la querida que me he creado en mi fantasía, que

veo en mis sueños, cuya imagen persigue en fin al monarca en medio de sus afanes, y al cristiano hasta en el fervor de sus oraciones!

FLOR. Esa querida, señor, Dios y la Francia os la envían; una joven esposa os espera, aclamada por sus virtudes, y hermosa entre todas las princesas.

FEL. Mas no entre todas las mujeres. ¿Hay lugar para ella en este corazón que otra imagen acertó antes á llenar y á poseer? No lo creáis, bella Florinda; esa boda política es una triste viudez con todos los recelos y las trabas todas del matrimonio. (*Acercando su sitial al de Florinda.*) ¡Oh, cuánto más reina que esa reina adornada de un título vano sería una esposa por mí secretamente preferida, de amor toda, escogida por mí, y adorada en las tinieblas del misterio! A sus plantas depondría mi cetro; ella ejercería en mi nombre ese derecho de hacer gracia, el más hermoso de los derechos de un rey; sus manos no serían sino un canal por donde pasasen mis tesoros á las de los desdichados. Y ese inmenso poder de consolar el infortunio, esa diadema real encubierta en el misterio, pero más absoluta que la mía, sólo una mujer la merece, una sola en el mundo, y esa mujer sois vos, bella Florinda.

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Yo! ¡Cielos! ¿Quién? ¿Yo?

FEL. Vos, señora, á quien de rodillas la ofrezco, á quien temblando pido esa compasión misma que yo no supe negaros.

FLOR. Pero que intentáis venderme al precio de mi honor... ¡Oh! no, no tuvistéis semejante idea. Yo me engañé, yo ultrajé Vuestra Majestad. Perdón, señor, perdón para mi error.

FEL. No finjáis, bella Florinda, no apeláis á virtudes de que Dios me hace libre desde el punto que me las hace impracticables. Lo he resuelto: crimen ó no, de bueno ó de mal grado, Florinda, seréis mía.

FLOR. ¡Y yo propia me entregué! ¿Y estoy sola?

FEL. Sola, y nadie os venderá; pero nadie tampoco es poderoso á salvaros.

FLOR. Mi desesperación y mis gritos.

FEL. Vuestros gritos no serán oídos.

FLOR. Os engañáis, señor; vendrán; os juro que vendrán.

FEL. ¿Quién, pues?

FLOR. Nadie. ¡Oh! decís bien, nadie. Estoy sola, sin amparo, sin defensa; ó más bien una sola me queda, y esa sois vos; vos, á quien fío ese honor que veníais á robarme. Vos, señor, que seréis mi defensor contra vos mismo. (*Llegándose á él con exaltación.*) Don Felipe, la acción que intentáis es horrible, (*Cayendo de rodillas*), ¡y de ella pido justicia al rey de España!

FEL. (*Contemplándola con entusiasmo.*) ¡Hermosa dè orgullo y de terror! — Ese es, Florinda, el único de tus deseos á que no daré cumplimento. El rey de España ha de ser hoy tu señor, y don Felipe tu esclavo toda su vida.

FLOR. (*Levantándose, y despidiéndole de sí al rey.*) Escuchadme, hombre cruel, cristiano sin compasión; no diré más que una palabra, pues que me obligáis...

FEL. No cambiará tu suerte.

FLOR. Una sola palabra que ha de perderme, pero que os ha de hacer retroceder de espanto.

FEL. (*Arrojándose hacia ella.*) Ya habéis resistido demasiado.

FLOR. (*Huyendo.*) Piedad, señor, piedad, ó la pronunciaré. Soy, señor...

FEL. (*Cogiéndola en sus brazos.*) ¿Qué me importa?

FLOR. ¡Soy judía!

FEL. (*Retrocediendo horrorizado.*) ¡Tú! ¿Qué escucho? ¡Desdichada! ¡Plegue al cielo, para tu salvación en este mundo y en el otro, que la virtud te haya inspirado una mentira!

FLOR. Sí, una mentira pesa sobre mi conciencia, mentira que por necesidad me humilló hasta fingir una creencia aparente; ese es mi crimen, y espero mi castigo. Pero si dais un paso hacia mí, repetiré al pie del tribunal, diré á voces ante mis jueces que un castellano fué bastante vil para intentar triunfar de la inocencia con la fuerza; que un caballero ha ultrajado á una mujer, que el rey más santo de la cristiandad, que tú, don Felipe, tú, rey católico, te has manchado con una pasión infame por una judía. (*Con calma.*) ¡Y bien! señor, ahora os detenéis. Yo estoy tranquila ahora, y vos sois quien tiembla.

FEL. Por tí, infeliz. ¿Sabes por ventura que si, para eterna vergüenza mía, hubiesen llegado tus palabras á otros oídos, sabes que no habría esperanza ya para tí en esta vida?

FLOR. Pero saldría pura de ella.

FEL. ¿Qué todo mi poder no sería bastante para salvarte del tormento y de las llamas?

FLOR. Pero volaría mártir el seno de ese Dios, que así es mi Dios como el vuestro, y que ha de juzgar á mis jueces; pero muriera digna todavía de aquél que tanto me amó.

FEL. ¡Oh! ¿Por qué, por qué renovaste ese recuerdo que ahoga en mi toda compasión? Es tu sentencia, Florinda, y tu sentencia de muerte. (*Oyendo golpes repetidos en la puerta del corredor inmediato.*) ¿Qué rumor es ese?

FLOR. (*En el mayor espanto.*) ¿Cuál? nada; no oigo nada. No sé... Dorotea tal vez.

JUAN. (*Desde adentro.*) Abridme esa puerta, ó he de hacerla pedazos.

FEL. ¡Un hombre aquí!

FLOR. (*Se arroja hacia la puerta, y quiere detener al rey.*) Os lo ruego, señor... ¡Ah! Por lo que más amáis en este mundo.

FEL. (*Desviándola para abrir la puerta.*) ¡Un testigo de mi afrenta! He de saber quién es.

ESCENA XIII

DON JUAN, FELIPE II, DOÑA FLORINDA

FEL. ¡Don Juan!

JUAN. ¡El conde!

FEL. ¿Me habéis oído?

JUAN. Demasiado tarde. Sino ya estuvieras castigado.

FLOR. (*Precipitándose entre los dos.*) Ni tenéis ese derecho, ni pudiérais, don Juan; no conocéis al que afrentáis.

JUAN. Le conozco por sus hechos; daráme razón de ellos.

FEL. Y yo os juzgaré por los vuestros, y de ellos habréis de responderme.

FLOR. (*A don Juan.*) Le debéis respeto; respeto, sí, ¡á la sangre más noble de Castilla!

JUAN. Ni es noble ni castellano quien teme á un hombre y amenaza á una mujer.

FEL. Compadezco á la mujer; en cuanto al hombre, le veo de bastante altura para despreciar sus injurias.

JUAN. Merced al miedo que tenéis de vengaros de ellas.

FEL. Si os queda un resto de razón, don Juan, ni una palabra más. Salid.

JUAN. Si os queda una gota de sangre en el corazón, venid conmigo ó defendeos.

FLOR. ¡Aquí!... ¡a mi vista! no os atreveréis.

(*Asiéndole.*) No podréis...

FEL. Por última vez, obedeced.

JUAN. Por última vez también, defiéndete. Cruza tu espada... ó... (*Haciendo demostración de pegarle de llano con la suya.*)

FLOR. (*Dando un grito.*) ¡Es el rey!

JUAN. (*Dejando caer la espada.*) ¡El rey!

FLOR. (*Una rodilla en tierra.*) ¡Perdón, señor, perdón! No para mí; ya estoy condenada; pero para él, cuyo único delito fué amarme sin saber quién fueseis y defenderme sin conoceros.

FEL. (*A Florinda.*) Me habéis vendido.

FLOR. ¡Por salvaros, señor!

FEL. O más bien á él. ¿Quién os dice que no tengo yo medios para protegerme á mí mismo contra un loco á quien despreciaba demasiado para nombrarme? (*Llamando.*) ¡Don Pedro!

ESCENA XIV

Dichos, DON PEDRO GOMEZ, UN OFICIAL,
GUARDIAS DEL REY

FEL. (*A Gómez.*) Ese mozo demente al alcazar. (*Indicando el aposento de doña Flo-*

rinda.) Esta mujer aquí. Decidiré de la suerte de los dos.

FLOR. ¿Por qué, don Juan, no me dejasteis morir sola? (*Entrase á su aposento.*)

JUAN. ¡No pude vengar ni su honor ni el mío! ¡Oh juramento mío!

FEL. (*A los guardias.*) ¡Retiraos!

ESCENA XV

FELIPE II, DON PEDRO GÓMEZ.

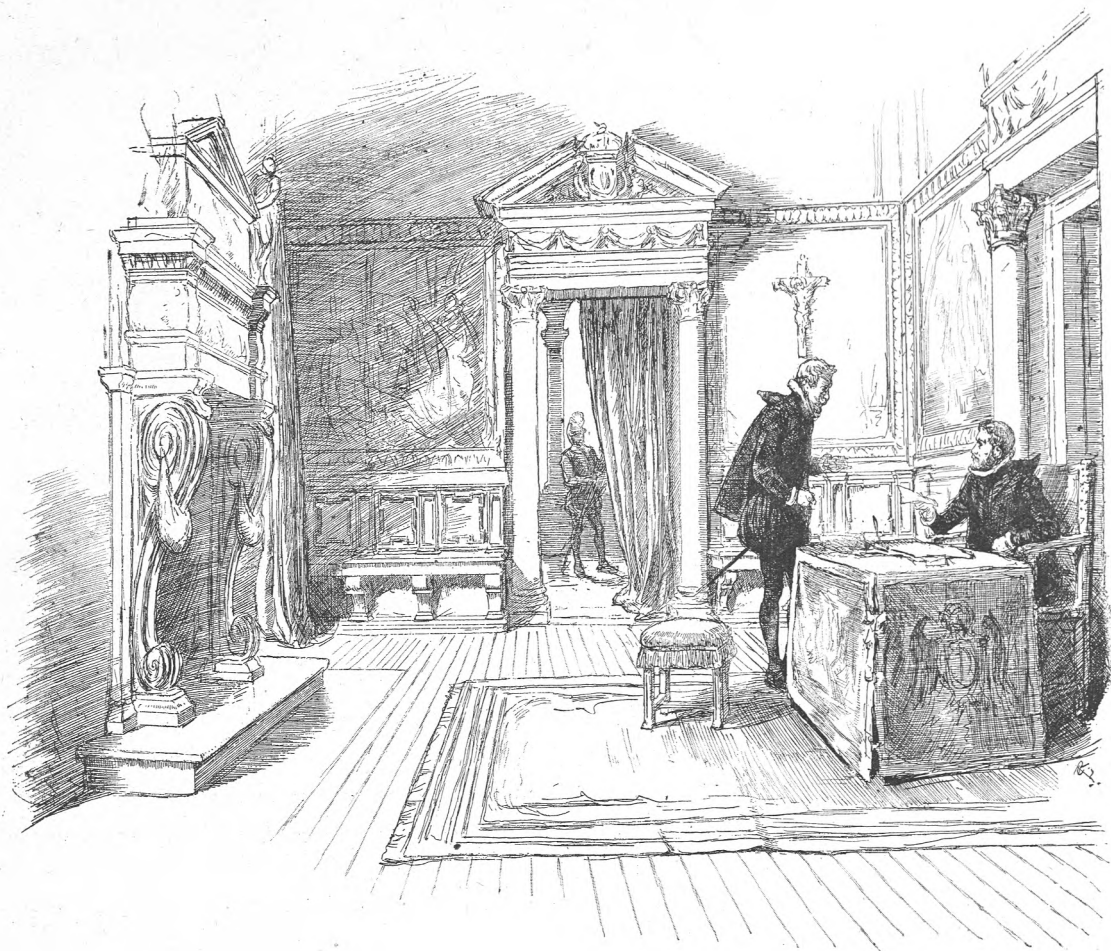
FEL. (*Los ojos clavados sobre el arma que dejó caer don Juan.*) ¡Osó levantar contra mí esa espada!... ¿Mas qué veo? Reparad, don Pedro. No me engañan mis ojos. Mis órdenes llegaron tarde para impedir que viese á Carlos V.

GÓMEZ. Don Rodrigo sin duda lo dispuso todo.

FEL. ¡Traidor! Si vuelve á caer en mis manos, don Pedro... (*Suenan tres palmadas.*) Escuchad.

GÓMEZ. Es seña.

FEL. Seña que nos entrega un cómplice. Corred, don Pedro, y ¡ay de cuantos me han ofendido!



ACTO QUINTO

La cámara del rey en el alcázar de Toledo. Una puerta lateral; otra grande en el fondo, que da á una galería: un crucifijo pendiente, en fondo negro

ESCENA PRIMERA

FELIPE II, sentado junto á una mesa; DON PEDRO, que trabaja con el rey.

FEL. ¿Tenéis la lista de los condenados que me ha sido entregada por el inquisidor general?

GÓMEZ. Aquí está.

FEL. (*Recorriéndola.*) Judíos, siempre judíos. Auméntese el rigor; los exterminaré: aunque hubiera de convertir la España en un yermo, habrán de desaparecer dejando sus tesoros para enriquecer el culto, y su sangre para avivar la fe expirante. Todo por la fe y sólo por la fe.

GÓMEZ. ¿Quién pudiera dudarle, señor?

FEL. No creáis, don Pedro, que sea espíritu de venganza: no imaginéis que pienso en ella.

GÓMEZ. Lejos de mí tal idea.

FEL. Con todo, si, como decís, no perteneciese á esa abominable raza... Don Rodrigo debe de saberlo. El sin duda la conoce.

GÓMEZ. Ya dí orden de que fuese conducido á la presencia de Vuestra Majestad.

FEL. ¡Si al menos abjurase sus errores con convicción sincera!

GÓMEZ. Una, señor, existe que le ha de impedir abjurar las demás: su amor.

FEL. Don Pedro, ¿queréis obligarme á dar muerte á ese mozo?

GÓMEZ. ¿Yo, señor?

FEL. Y decís bien; y sois mi amigo en aconsejarme. Demasiado lo deseo yo ya; pero no puedo cerrar los oídos á la voz de la naturaleza que resuena en mi corazón; hay un respeto humano que me detiene. Si mi padre se lo ha dicho todo, es claro indicio de que lo toma bajo su protección.

GÓMEZ. Hasta la presente nada lo prueba.

FEL. Su digno preceptor, á quien voy á interrogar, ha de aclarar mis dudas en este punto. Quien una vez me engañó, puede engañarme de nuevo. (*Dando un golpe sobre la lista.*) Pero por esta vez yo sabré hacerle forzosa la verdad.

GÓMEZ. Siempre tuvisteis el miedo por uno de los mejores arbitrios para mover á los hombres.

FEL. El mejor, don Pedro. Las dignidades se envilecen prodigadas, el oro se agota; el miedo empero no se agota, y no cuesta nada.

GÓMEZ. Aquí llega don Rodrigo.

ESCENA II

Dichos, DON RODRIGO, conducido por un ugiar, que se retira

FEL. Estoy sereno. Ni hay enojo en mí ya, ni rencor. Puedo ser justo. ¿No esperáis por cierto vuestro perdón?

ROD. No lo merezco, señor; pero la clemencia de Vuestra Majestad es tan grande que lo espero.

FEL. Os las habréis con el rey, ó con el santo oficio: lo único que de vos exijo es que elijáis vuestros jueces.

ROD. Señor, ya elegí, y estoy en presencia de mi juez.

FEL. Pero en tanto solamente os dejaré esa libertad en cuanto me satisfagan vuestras respuestas. Todo pende de vuestra sinceridad.

ROD. Será completa; porque si bien la verdad puede perjudicarme, sé que la mentira ha de perderme.

UN UJIER DEL PALACIO. (*Anunciando.*) Un expreso de su eminencia el inquisidor general.

ROD. (¡Quisiera estar á mil leguas de aquí!)

FEL. Salid á recibirle, don Pedro, y volved presto.

ESCENA III

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. He aquí la lista de los que han de morir mañana en el auto de fe que ha de celebrarse para castigo de los crímenes de algunos, y remisión de los pecados de todos. Esta lista no está tan llena que no pueda hallarse espacio para algún otro. Aquí queda sobre esta mesa; pero á la primera palabra dudosa que salga de vuestros labios, le añado un nombre. Ahora responded. ¿Conocéis á doña Florinda?

ROD. Como Vuestra Majestad.

FEL. ¿No más?

ROD. Acaso menos.

FEL. ¿Qué queréis decir?

ROD. Lo que digo, señor, no más.

FEL. ¿Desde cuándo la conocéis?

ROD. Desde el día en que Vuestra Majestad me dió cita en su casa.

FEL. (*Extendiendo la mano hacia la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Tened, señor. Vuestra Majestad me condena por ser sincero. ¿Qué haría si no lo fuese?

FEL. En menosprecio de mis órdenes llevasteis á don Juan al monasterio de Yuste. ¿Podéis negarlo?

ROD. No puedo.

FEL. ¿Para que viese en él á mi padre?

ROD. Y al suyo.

FEL. (*Poniendo la mano sobre la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Apelo á Vuestra Majestad, señor. ¿Es cierto ó no?

FEL. ¿Y lo vió? ¿Y lo sabe todo?

ROD. No, señor.

FEL. ¿No? Mirad que habéis dicho *no*.

ROD. Repito, señor, que Carlos V no ha dejado un punto de ser para él un monje del monasterio.

FEL. (*Señalando la espada que está sobre la mesa.*) Esa espada prueba lo contrario. Y el monje del monasterio probó por lo menos, al fiársela, que no insiste en los convenios ajustados entre nosotros acerca de ese mancebo.

ROD. Convengo en que sería singular presente si destinase todavía á don Juan á la Iglesia, pero afirmo que el Emperador mi amo...

FEL. Que fué vuestro amo.

ROD. Que el emperador Carlos V no le ha reconocido por hijo suyo.

FEL. ¿Estáis cierto de eso?

ROD. Tan cierto como lo estoy poco de vivir mañana.

FEL. (*Con violencia, echando mano de la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Señor, el ruido solamente de ese papel en las manos de Vuestra Majestad bastaría para turbar cabezas mejores que la mía. Este tormento no le va en zaga á ninguno. Pero cuanto afirmo es verdad.

FEL. (*Levantándose.*) ¿Se interesa, pues, por ese hijo más de lo que yo pensaba?

ROD. (*Con viveza.*) No quise decir eso.

FEL. Pero ese interés, ese cariño, aunque lo fuese, se desvanecería por sí mismo á la consideración de un crimen de lesa Majestad, crimen que don Juan ha cometido, y por el cual debe morir.

ROD. (*Animándose á su pesar.*) ¡Oh, no! Vuestra Majestad no pronunciará esa sentencia: vuestro augusto padre no lo consentirá.

FEL. ¿Hay, pues, dos reyes en la monarquía? ¿Y el que reina es por ventura súbdito del que reinó? Carlos V ha muerto para España, ha muerto para el mundo; yo os lo probaré, don Rodrigo, porque ese mozo

imprudente morirá, á pesar de la voluntad ó de la flaqueza de un monje de Yuste.

ROD. (*Del todo fuera de sí.*) ¡Oh, no! nadie habrá hablado en esos términos de mi señor; no se condenará á su hijo en mi presencia sin que antes yo, su antiguo criado, haya al menos protestado por entrambos.

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo, vos quien habla?

ROD. (*Cayendo de rodillas.*) No os lo diré, señor, sino de rodillas, pero os lo diré. Por prudencia, señor, por razones de política, en nombre de la naturaleza y de vuestra gloria, no destrocéis la grande alma de Carlos V; no os estrelléis, señor, contra aquel cuya fama anda aún en boca de todos, aquel cuyos beneficios viven aún en todos los corazones. Aunque no fuese ya sino una sombra, saldría, señor, del sepulcro para amparar su sangre y vuestra contra vos mismo.

FEL. (*Precipitándose hacia la mesa, donde toma la pluma y la lista.*) ¡Oh! es demasiado.

ROD. Escribid, señor, escribid; matad al anciano; para nada os puedo ya servir, mas perdonad al joven, que tiene una vida entera que sacrificaros, y un corazón de veinte años que latirá en su pecho por su rey y por su país: viva ese, señor, y si ha de recibir la muerte sea por vos, y no de vos. En fin, ¡es vuestro hermano! (*Arrastrándose de rodillas hasta el sillón del rey.*) Sí, ¡es vuestro hermano! ¡Ah! señor, ¿por ventura tiene un rey tantos amigos fieles, que pueda privarse él propio voluntariamente del cariño de un hermano?

FEL. Alzad, anciano; vos mismo estáis espantado de vuestro valor. (*Después de una ligera pausa.*) No me obligo á nada para con don Juan; pero si le concedo la vida, lo que dudo, será para que la oscurezca en la austeridad de un claustro. Os autorizo á decirselo. Sé que tenéis poca influencia sobre él; no importa, probad á convencerle. Id á buscarle, y que os acompañe aquí. (*A don Pedro, que ha entrado hacia el fin de la escena.*) Conducid á mi presencia á doña Florinda.

GÓMEZ. ¿Cómo, señor...?

FEL. Conducidla, y dad orden al mismo tiempo de que don Rodrigo pueda ver á vuestro preso. Andad.

ROD. ¡Otra misión! La última por cierto.)

ESCENA IV

FELIPE II

¡Un príncipe de mi nombre, de mi sangre misma, otro yo en mi corte ó en mis ejércitos! Jamás. Basta con un hijo. Sobra con un hermano. Es fuerza que muera, ó que obedezca. (*Andando precipitadamente.*) Y aun cuando se sometiese, ¿no vería yo siempre debajo de sus ropas sagradas al insolente que me hizo retroceder? ¿No vería hasta en su báculo pastoral de obispo la espada desnuda que osó alzar contra mí? ¿No hay perdón posible! Obedezca ó no, es forzoso que muera. (*Deteniéndose.*) Pero, ¿y mi padre? En vano procuro rebelarme contra un ascendiente que no acierto á sacudir; me domina. Su dignidad imperial y real, oscurecida y muerta tal cual está, impone á la mía. Es una sombra, sí, pero ¿si se me apareciese de repente podría decirle: *Yo maté á vuestro hijo?* Estas palabras se hielan ya sobre mis labios, como si estuviese en frente de mí, como si su mirar de águila me anonadase entre el polvo. La Europa está llena aún de su gloria; una sola voz suya bastaría para hacer resonar en todos los ángulos mi desdoro. (*Después de un momento de silencio.*) ¡Matar yo á su hijo! ¡Imposible! (*Dejándose caer sentado.*) ¡Nunca me atreveré! ¡Pero obedecerá! ¿De qué suerte obligarle? Sólo una persona en el mundo puede; y si resiste, si la tentación viene á ser en mí más poderosa, será indicio de que Dios quiere que yo sucumba á ella. Entonces sucumbiré... Aquí llegan.

ESCENA V

FELIPE II; DON RODRIGO, DON JUAN, por el fondo; después DOÑA FLORINDA, DON PEDRO, por la puerta lateral

ROD. (*Bajo á don Juan.*) No es el valor lo que os recomiendo.

JUAN. ¡Ah, Florinda!

FLOR. ¡Don Juan!

FEL. (*A Gómez y don Rodrigo.*) Salid.

ESCENA VI

Dichos, menos DON RODRIGO y GÓMEZ

FEL. (Su suerte va á decidirse: á este punto no me siento piedad alguna en el corazón.)

FLOR. (*A don Juan.*) Os vuelvo á ver, don Juan; ¡dicha por cierto que no esperé!